

NUESTROS CLASICOS

BLANCA FLOR

(CANCION ROMANTICA)

¿A qué es puertas y ventanas
clavar con tanto rigor,
si de par en par abiertas
tengo las del corazón?

Así con su madre a solas
lamenta su reclusión
la bella niña cenceña,
la del quebrado color
de amargo llanto los ojos,
el pecho lleno de amor,
y de par en par abiertas
las puertas del corazón.

¡Madre, la mi madre, dice,
madre de mi corazón,
nunca yo al mundo naciera,
pues tan sin ventura soy!

Atended a las mis cuitas,
habed de mi compasión,
y de par en par abridme
las puertas del corazón.

Yo me levantara un día
cuando canta el ruiseñor,
el mes era de las flores,
a regar las del balcón.

Un caballero pasara
y me dijo: «¡Blanca flor!»
Y de par en par abriome
las puertas del corazón.

Si blanca, su decir dulce
colorada me paró,
yo callé, pero miréle,
¡nunca le mirara yo!
me abraso en llama de amor;
y de par en par abri
las puertas del corazón.

Otro día, a la alborada,
me cantara esta canción:
«¿Dónde estás, la blanca niña,

blanco de mi corazón?»
 en laúd con cuerdas de oro
 y de regalado son,
 que de par en par me abriera
 las puertas del corazón.

El es gallardo y gentil,
 gala de la discreción;
 si parla, encantan sus labios;
 si mira, mata de amor;
 y, cual si yo su sol fuera,
 es mi amante girasol;
 y abriome de par en par
 las puertas del corazón.

Yo le quiero bien, mi madre
 (¡no me lo demande Dios!),
 quiérole de buen querer,
 que de otra manera no.
 Si el querer bien es delito,
 muchas las culpadas son,
 que de par en par abrieron
 las puertas del corazón.

Vos, madre, mal advertida,
 me claváis reja y balcón;
 clavad, madre, norabuena;
 mas de esto os aviso yo,
 cada clavo que claváis
 es una flecha de amor,
 que de par en par me pasa
 las telas del corazón.

Yo os obedezco sumisa,
 y no me asomo al balcón:
 «¿Qué no hable?»—Yo no hablo.
 «¿Qué no mire?»—¿Miro yo?
 Pero «que le olvide», madre...
 madre mía, olvidar no;
 que de par en par le he abierto
 las puertas del corazón.

En fin, vos amasteis, madre
 señora abuela riño:
 mas por fin vos os velasteis,
 y a la fin nací yo.

Si vos reñís, como abuela,
 yo amo cual amasteis vos
 al que abri de par en par
 las puertas del corazón.

Responso profano a Mateo Hernández

En el Museo de Arte Moderno, de Madrid, se pensó instalar una capilla ardiente a fin de que reposaran, haciendo un alto en el tránsito, los restos mortales de Mateo Hernández, lo que no pudo verificarse pues el traslado se hizo directamente desde París a Béjar. Para ser leído en el acto que se planeó celebrar, fué escrito el artículo que ahora publicamos.

MATEO Hernández, tornas a esta tierra de Castilla, te traen, cuando ya tu corazón apasionado que la amaba no puede latir a la vista de sus graníticas montañas, tus hermanas.

Saliste de entre ellas, no por incomprensión de la montaña ni de los del llano o la ciudad. No, cuando te ibas no podían ignorar ni comprender lo que todavía no eras. La verdad del impulso que hasta la Villa de la Luz te empujó, contigo lo guardas.

El destino quiso que la grandeza que en ti portabas, al recibir la luz allá en Lutecia fraguara en lo que has sido y serás para los siglos: montaña, cumbre.

Entonces, rodaron hasta tus pies los más duros y resistentes, los más bellos canchales desprendidos de otras montañas, y tú, más fuerte y duro aún, con unos hierros que al golpe potente de tu maza hacían que la noble materia herida centellease, los transfigurabas. Ellos, los canchales, dóciles, cedían a tus rudas, mágicas y únicas manos, a tu aliento, a tu resuello que al rugido se asemejaba.

Era una lucha heroica mantenida lustro tras lustro que tú solo, desde que los Tolomeos fueron, has sido capaz de sostener. Atacabas, centelleaba el espacio, mirabas y rectificabas. Sí, rectificabas tras de haber ensayado en tu mente, en el papel, y aún alguna vez en la tierna arcilla. ¿No habías de rectificar si eras hombre y te elevabas sobre la mediocridad?

Rectificabas y volvías al ataque con decisión y energía sobrehumanas.

En tu ruta se te cruzaban los atajos más varios, engañosos y atrayentes, más tú, impertérrito, seguías el ancho camino tuyo ¡tan largo! que de lejísimo venía, y el fin no se le veía.

A un lado y otro de los puentes del Sena, la insensatez, la prisa y la algarabía trataban de envolverte, y tú, castellano sensato y sor-do cuanto querías, lograbas mantener inalterable una calma anti-quísima.

Cuántas horas, cuántas vigiliás, ¡cuántas Mateo!, sereno, sin prisa, tú y la piedra, el hierro y el fuego, el fuego, el hierro, la piedra y tú, solos.